



UNO

Una vez más, el chamán arrojó sobre la arena los huesecillos que decidían quién viviría y quién sería entregado a las divinidades, quién permanecería sobre la tierra y quién marcharía con el viento.

Examinó con detenimiento los huesecillos y dijo un nombre: Kar. La tribu, que hasta entonces había permanecido en respetuoso silencio, dejó escapar murmullos de sorpresa.

Kar era el joven jefe de los cazadores. Según la tradición, debería quedarse con la tribu y seguir proporcionando presas con que alimentarla. Pero los dioses habían decidido otra cosa.

La sacerdotisa de la Diosa, la Madre de la tribu, se acercó y comprobó los huesecillos. Ella debía ratificar la interpretación del chamán, pues a veces un espíritu travieso podía tratar de engañar a la tribu con falsos mensajes.

La Madre repitió el nombre: Kar.

Kar apretó los dientes y trató de mantener el semblante impasible, como si aquella sentencia terrible no hubiese sido pronunciada. Era consciente de que todos los ojos de la tribu estaban mirándolo, y no lloraría, ni se quejaría, ni protestaría, como habían hecho otros.

Sería él quien guiaría a «los viajeros». Era una forma de llamarlos. También los denominaban «los entregados a las divinidades» o «los que marchan con el viento». Había muchas formas de pronunciar aquella realidad aterradora.

Hacía ya muchos ciclos de estaciones que la tribu pasaba hambre.



Demasiados ciclos, demasiada gente. La tierra no podía mantenerlos a todos; las manadas menguaban, las presas escaseaban, las plantas no daban suficiente fruto...

La sacerdotisa de la Diosa había rezado para que Ella devolviese la fertilidad a las hembras de las manadas e hiciese fructificar las plantas; y el chamán había realizado cuantas ceremonias conocía para que gacelas, cabras, muflones, caballos, onagros, uros, bisontes o incluso jabalíes se pusiesen al alcance de las flechas de los cazadores.

Tanto la magia como las oraciones habían resultado inútiles y la tribu había tenido que cambiar de campamento a menudo. En épocas de abundancia se habitaba un lugar durante varias lunas, a veces durante varias estaciones, pero cuando la penuria los acosaba, tenían que desplazarse una y otra vez para aprovechar unos recursos menguantes.

Moverse no sólo resultaba incómodo y trabajoso, también mataba a los niños, a los ancianos, a los débiles y enfermos. Pero la tribu debía sobrevivir. Además, así había menos bocas que alimentar.

Siempre, tras una mala época, llegaba otra de abundancia. Sin embargo, ahora llevaban muchos ciclos de estaciones de escasez, y el hambre resultaba cada vez más acuciante. La supervivencia de la propia tribu se encontraba en peligro.

Todos sabían que habría que tomar una decisión dramática.

La tradición —sabiduría de los antiguos— decía que en estos casos la Diosa había de recibir el sacrificio de todos los nacidos durante el último ciclo de estaciones. Estas muertes la aplacarían y, como de la Diosa madre dependía la fertilidad, Ella haría que las manadas se multiplicasen.

Pero ya se había realizado este sacrificio durante dos ciclos de estaciones, y no había sido suficiente para la Diosa: las manadas habían seguido menguando. Sin duda, la Diosa estaba muy enojada con los humanos, tal vez porque alguien había infringido un tabú.

Sólo quedaba otra alternativa: la tribu tendría que dividirse. Una parte seguiría viviendo en la tierra de los ancestros, y otra se marcharía a lo desconocido, guiada por los dioses, viajando con el viento. Migraría como los patos o las golondrinas cada otoño.



Desde hacía varias lunas todos intuían lo que iba a suceder, y temblaban de miedo. A través del chamán y de la sacerdotisa, las divinidades escogerían a los elegidos. Cada cual rezaba para poder quedarse en el territorio ancestral de la tribu, donde había cuevas, arroyos y cazaderos conocidos, donde se sabía cómo encontrar granos, frutos y raíces.

Migrar constituía una sentencia de muerte aplazada. Si «los viajeros» no conseguían encontrar un territorio nuevo donde vivir, morirían de hambre, o luchando contra tribus hostiles, o de puro y simple agotamiento. Y nadie sabía dónde podía encontrarse ese territorio nuevo. ¿Hacia el sol de mediodía? ¿Hacia las sombras? ¿Hacia el sol poniente? ¿O hacia el sol naciente? Los dioses los guiarían, pero a veces los dioses son crueles y caprichosos, a pesar de que la magia trate de dominarlos.

A todos les había sorprendido que los huesecillos hubiesen elegido a Kar. Era el jefe de los cazadores y habría tenido que quedarse con la tribu. Aunque, a decir verdad, se le reprochaba la falta de carne para comer. Kar, que era el mejor cazador de todos, se sentía injustamente atacado por las críticas, y él, a su vez, culpaba al chamán de no realizar las ceremonias mágicas adecuadas. Kar había tenido unos cuantos enfrentamientos con el chamán y eso había ofendido a las divinidades. Incluso había llegado a insinuar que la Diosa estaba sorda a las súplicas de la sacerdotisa, y que era tonto seguir haciéndole sacrificios.

Decir esto en voz alta había sido imprudente y ahora las divinidades expulsaban a Kar de la tierra donde nació.

El chamán lanzó una rápida mirada de reojo a Kar y pareció sentirse decepcionado por cómo acogió éste la noticia. La Madre suspiró. Kar era fuerte y valiente, y además resultaba muy agradable yacer con él, pero un jefe de cazadores no podía sublevarse contra lo divino. Es más, ella sospechaba que gran parte de las desgracias de la tribu provenían de la impiedad de Kar. Tendría que irse.

Los huesos volvieron a volar en el aire, las oraciones y hechizos se repitieron, y un nuevo nombre fue pronunciado: Bhes.

Bhes tembló y las lágrimas se le escaparon de los ojos. No era justo. Ella era una mujer joven que ya había perdido dos hijos, uno



por diarreas de verano y otro sacrificado junto con todos los que habían nacido durante su ciclo de estaciones.

Ahora daba de mamar a una niña de pocas lunas, que no sobreviviría al viaje. ¿Por qué los huesecillos la habían elegido a ella? Rezaba cada noche a las divinidades, en especial a la Diosa madre; cumplía con todos y cada uno de los ritos; se portaba bien con sus compañeras y siempre era accesible a los varones. ¿Por qué había sido elegida? Es cierto que algunas sentían envidia de su fertilidad, pues desde que había llegado su primera sangre de luna, había parido un niño cada ciclo de estaciones. Pero ¿de qué podía ufanarse ella, si la muerte se los arrebatava?

La Madre observó los huesecillos, mientras Bhes contenía la respiración y rezaba por que el chamán se hubiese equivocado.

La sacerdotisa no dudó mucho en repetir el nombre, mientras esbozaba una pequeña sonrisa de agradecimiento al chamán. Bhes gozaba de una fertilidad envidiable, superior a la suya propia. Si seguía pariendo hijos cada ciclo de estaciones y éstos sobrevivían, se convertiría en una mujer muy importante y le disputaría la preeminencia a ella.

Bhes lloró, pues sabía que su hija moriría. Y tal vez ella también.